7613

JOSE RAMOS MARTIN

EL NIDO DE LA PALOMA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el TEATRO LARA el 26 de Noviembre de 1912.

EL NIDO DE LA PALOMA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright, by the authors, 1912.

JOSE RAMOS MARTIN

EL NIDO DE LA PALOMA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el TEATRO LARA el 26 de Noviembre de 1912.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1912

Al Sr. D. Eduardo Yáñez,

por afecto y gratitud,

José Ramos Martín.

674289

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Telva	Catalina Bárcenas.
Carmina	Mercedes Pardo.
Maruxona	Leocadia Alba.
Margarita	María Luisa Moneró.
Rosina	Petrita Arroyo.
Pachín	Ricardo Vargas.
Monteruco	Salvador Mora.
José	Rafael Arcos.
Ramón	José Isbert
D. Braulio	Antonio Pérez Indarte.

La acción en una aldea del centro de Asturias el año de 1870.

NOTA IMPORTANTISIMA

Todos los personajes, á excepción de Telva y D. Braulio, vestirán el traje típico asturiano.

ACTO PRIMERO

Una aldea de Asturias. Casi en el centro de la escena, un poco hacia la izquierda, castaño muy corpulento, cuya copa se extiende á gran altura. Rodea su tronco tosco banco de piedra. A la derecha, en primer término, casa de dos pisos. En el superior galería, donde hay colgadas panochas de maíz. A la izquierda otra casa de un solo piso y de aspecto más humilde. En el foro derecha un hórreo. Sirve de fondo á la decoración panorama de caserío y altas montañas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Antes de levantarse el telón óyese la voz de un mozo que canta, los cuatro primeros versos de la siguiente giraldilla:

Si se va la paloma
ella volverá,
que dejó los pichones
á medio criar.
No se va la paloma, no;
no se va, que la tengo yo.

Los dos últimos los cantará desde dentro, cuando el telón ya esté alzado.

MARUXONA aparece sentada en una silla haciendo calceta, á la puerta de la casa de la izquierda. A poco sale por la segunda derecha PACHIN, aldeano joven de aspecto simpático, el cual,

después de asomarse á la puerta de la casa de la derecha, se encara con Maruxona.

Pach. Buenos días, Maruxona.
Marux. Dios te guarde, hom.
Pach. ¿Viste á Carmina?
Marux. Sí, haz un rato ya.
Pach. ¿Y dónde está, sabes?
Marux. Marchó á la fuente por agua.
Pach. ¿A la fuente?
Marux. Sí.
Pach. Pues voy á ver si la encuentro. Que Dios ó el demonio te pague la respuesta. (Se dirige hacia el sitio por donde salió.)
Marux. Dios, Pachín, Dios...
Pach. (Deteniéndose.) O el demonio dije, ¿non yes, bruxa?...
Marux. (Muy ofendida.) ¡No!
Pach. ¡Ah!, ¿non bébeste el aceite de las lámparas y sales los sábados por los aires montada en una escoba?...
Marux. ¡Miente quien tal cosa diz!
Pach. Dispensa, Maruxona, que non quise ofenderte.
Marux. Ya lo sé. Tú non yes malo.
Pach. ¡Y que lo digas! Yo soy un infeliz, un pedazo de pan, un mendrugo casi.
Marux. ¡Anda con Dios!...
Pach. Hasta luego. (Vase por la segunda derecha.)

ESCENA II

MARUXONA y JOSÉ y D. BRAULIO, que salen de la casa de la derecha.

José. ¿Y dice usté que lo de la neña?...
D. Brau. No es nada; puede usted estar tranquilo. Todo se reduce á un simple cólico de fruta verde. No la consientan que la coma.
José. Sí, sí; ¿quién puede evitarlo?
D. Brau. Ustedes.
José. ¡Ay, señor, bien se ve que usté non conoz á la mi nieta. ¡Cuando nos distraemos se

escapa y corre por las pumaradas y trisca por los montes como una cabrilla! ¡Ye mucha Rosina!

D. Brau. Pues hay que tener cuidado con ella. Y si otra vez se pone mala, ya lo sabe usted, me avisa sin pérdida de tiempo.

José. Sí, señor.

D. Brau. No haga usté lo que en esta ocasión, que ha dejado pasar varios días.

José. Es que non creí que usté querría venir desde tan lejos.

D. Brau. ¿Por qué no? Mi profesión me obliga á acudir siempre al lado del que sufre, sin reparar en distancias. Lo que no deja de extrañarme es que en esta aldea no tengan ustedes médico.

José. ¿Qué falta nos haz?

D. Brau. ¿Cómo? ¿Tan sana es que aquí no hay enfermedades?

José. Sí, señor, haylas; pero á todos nos cura esa. (Señalando á Maruxona, que continúa haciendo calceta.)

D. Brau. ¡Ah, vamos! ¿Es curandera?

José. (Con solemnidad.) Es bruxa.

D. Brau. (Riéndose.) Pero hombre, ¿ustedes creen?...

José. (Muy convencido.) Creemos en su *cencia*, que ye mucha... ¡Nadie sabe lo que ella!... Su madre también fué bruxa, y su abuela, y su bisabuela.

D. Brau. ¡Qué familia más apreciable!

José. (A Maruxona.) De ti hablamos, Maruxona. Este señor ye el médico de Pomares.

Marux. (Mirándole de arriba abajo.) ¡Ah!

José. Ha venido á ver á Rosina

Marux. (A Don Braulio.) ¿Y cómo la encuentra?

D. Brau. Bien.

Marux. ¿A usté que ye lo que le paez que tiene?

D. Brau. Pues... (A José, sonriéndose.) Va usted á tener consulta de médicos.

Marux. Non se burle, señor.

D. Brau. No es burla.

Marux. Yo también sé aliviar dolores. (Transición.) ¡Tal vez mejor que usté!

D. Brau. Puede.

Marux. Seguramente. ¡Y si non, vamos á ver! ¿Qué hace usted con uno que tenga pulmonía?

D. Brau. ¿Pulmonía?...

Marux. Sí. Yo le pongo una piel de lagarto encima del pecho y rezo tres padrenuestros á San Dimas.

José. (Guiñándole un ojo á Don Braulio.) ¿Eh?... ¿Qué tal?

D. Brau. Muy bien, muy bien.

Marux. ¿Y cómo cura usté las *inginias*?

D. Brau. ¿Usted que hace?

Marux. Dar á la persona que las tien raíz de mandrágora y rezo una salve á Santa Filomena.

D. Brau. (A José.) Y diga usted, ¿es muy grande el cementerio de este pueblo?

José. ¿Por qué lo pregunta?

D. Brau. Por curiosidad solamente.... ¡Adiós, José!

José. ¿Quier que le acompañe un ratín?

D. Brau. No, muchas gracias. (A Maruxona.) ¡Adiós, compañera!

Marux. ¡Vaya con Dios!... (Vase D. Braulio por la segunda derecha.)

ESCENA III

MARUXONA y JOSÉ.

José. (Acercándose á Maruxona.) ¿Qué te paez el médico?

Marux. Calle, hom; estoy muy incomodada con usté.

José. ¿Ficete algo malo, Maruxona?

Marux. Sí.

José. Pues no fué á sabiendas, júrotelo.

Marux. ¿Por qué non me llamó pa que curase yo á la neña?

José. ¿Qué quiés? Fué capricho de Carmina el que la viese un médico y fizo que fuera á buscarle á Pomares.

Marux. ¿No tien fe Carmina en mí?

José. Desde luego, pero ya sabes lo que sois toas las muyeres. Cuando se os mete una cosa en

la cabeza son inútiles las razones... Además, como nadie vió á Vicentín más que tú y el probe murió...

Marux. ¿Va á echarme la culpa, cristiano?

José. No; ¿quién dice tal cosa?

Marux. (Levantándose.) Lo de Vicentín non era mal del cuerpo sino del ánima, y pa esa non sirven medicinas.

José. Ties razón. Le mató la tristeza de verse abandonado por Telva. Queríala tanto, que sin ella non pudo vivir.

Marux. Non piense más en ello.

José. ¿Cómo non he de acordarme si el mi fiu era mi alegría? ¡No había otro más buenín en la aldea!

Marux. Ye verdá.

José. Por eso tien menos disculpa la traición de su muyer.

Marux. ¡Probe Telva!...

José. ¿Probe, dices?

Marux. Sí... ¿Usté cree que non le habrá pesado muchas veces su locura?

José. Las muyeres como ella non tien conciencia.

Marux. Telvina sí, y ya verá usté cómo un día volverá á la aldea.

José. ¿Que volverá?

Marux. Sí. Ella sabe que en esa casona hay una neña que ye carne de su carne y vendrá á su lado cuando se arrepienta de lo que fizo.

José. Te engañas, Telva no pisará más estos campos. La que se va como ella marchó, non vuelve. En esta ocasión non aciertas, Maruxona.

Marux. Usté ha de convencerse. Los mozos cantan una giraldilla que diz así:

Si se va la paloma
ella volverá,
que dejó los pichones
á medio criar.

Y yo cuando la oigo me acuerdo de Telvina y de su fia.

José. ¿Y á qué había de venir? A encender penas,

á despertar rencores que hoy duermen; tal vez á llevarse á Rosina... No, Maruxona, créeme á mí; mejor es que non vuelva. (Se dirige á su casa.)

Marux. ¡Que se haga lo que Dios quiera, José!

José. (Deteniéndose un momento.) Sí, pero que non vuelva. (Entra en la casa de la derecha)

ESCENA IV

MARUXONA y MARGARITA, que sale muy agitada por la segunda derecha.

Marg. Buenos días, Maruxona.

Marux. ¿Qué te pasa que vies tan sofocada, neña?

Marg. (Casi llorando.) ¡Ay, vengo á que usté me salve; sólo confío en usté v si usté non quier oirme, muérome!

Marux. Serénate y dí lo que quiés.

Marg. Va usté á saberlo (Se sientan las dos en el banco de piedra.)

Marux. Cuenta, rapaza, cuenta...

Marg. Mi madre enteróse ayer de mis amores con Manolín.

Marux. ¿Y díjote algo?...

Marg. Decirme, nada.

Marux. Menos mal.

Marg. ¡Pegóme una tunda que aun me duele!

Marux. ¡Eso ye peor!... ¿Y qué quies que yo haga?

Marg. Pues que me dé un unto pa que mi madre consienta los mis amores.

Marux. Pídesme una cosa muy difícil, neña.

Marg. ¡Ay Maruxona, non me desampare!... Yo le daré lo que me pida... una pareja de pichones que nacieron la semana pasada en el mi palomar, mi saya nueva, el mí pelo si lo quier.

Marux. Calla, muyer, non soy interesada.

Marg. Ya lo sé, pero así lo hará con más gusto... Yo quiero casarme con mi Manolín. ¡Ye tan guapu! ¡Mi madre tómole manía non sé por qué!...

Marux. A mi díjome que porque al tu mozo le gusta emborracharse.

Marg. ¡Cuando tien dinero na mas! ¿Pero á que de formalino nadie tié que decir ná de él? ¡Quitando los líos que tuvo con Pilar y con Ritina, siempre fué un santo!...

Marux. Tú díceslo.

Marg. ¿Qué, darame el unto?

Marux. Escucha, voy á decirte lo que ties que hacer pa que la tu madre se ablande.

Marg. Diga...

Marux. Esta noche, cuando empiecen á brillar las estrellas, saldrás de tu casa y cogerás diez chinas de la carretera y cinco hojas de un manzano. Luego matarás una gallina y habrás de sacarla las entrañas.

Marg. ¿Y qué hago con ellas?...

Marux. Las pones junto con las piedras y las hojas en un pedazo de tela encarnada, y cuando la tu madre esté durmiendo se lo colocas todo encima del corazón diciendo tres veces: «Por mi Manolín, que ye buenu; por mi Manolín, que ye honrau, y por mi Manolín, que ye un santo...»

Marg. (Asombrada de todo lo que acaba de oir.) ¿Todo eso tengo que hacer?

Marux. Eso y traerme lo que te quede de la gallina después que la haigas sacado las entrañas.

Marg. Oiga: en mi corral tenemos sólo tres gallinas; ¿vale un conejo para el caso?

Marux. No: el conejo no me gusta. (Rectificando rápidamente.) ¡No sirve!

Marg. Todo sea por Dios. (Se levanta.)

Marux. Ya verás cómo la tu madre cambia de parecer.

Marg. ¡Ay, me paez que non conseguiremos nada!

Marux. Non seas boba; conozco muy bien el resultao que da el unto.

Marg. ¡Y yo conozco á la mi madre y sé que cuando sienta que le pongo esas porquerías, mátame!

Marux. Pónselas sin que se entere.

Marg. Es que tiene el sueño muy ligero.

Marux. (Levantándose.) Pues haz lo que te parezca.

Marg. No; haré lo que usté me manda. Hasta mañana y gracias.

Marux. Adiós y que non te se olvide lo que ties que decir: «Por mi Manolín que ye buenu; por mi Manolín que ye honrau, y por mi Manolín que ye un santo»...

Marg. ¡Cuando llegue al segundo Manolín ya non tengo narices!

Marux. ¡Non tengas miedo, muyer! (Vase Margarita por la segunda izquierda.)

ESCENA V

MARUXONA y CARMINA y PACHIN que salen por la segunda derecha. CARMINA, linda moza de veinte años, viene perseguida por PACHIN. En la mano trae una ferrada, que deja encima del banco.

Pach. Non corras, Carmina; de todas maneras he de cogerte.

Carm. (Colocándose detrás de Maruxona.) ¡Defiéndame, Maruxona!

Pach. ¡Non te vale! (Trata de cogerla y Maruxona le sujeta.)

Marux. (A Pachín.) ¿Qué quies hacerla?...

Carm. (Escandalizada de lo que quiere su novio.) ¡Quier dame un beso!

Marux. ¡Pachín, has de ser formalín!

Pach. Si lo soy; es que ofreciselo y yo cumplo lo que ofrezco.

Marux. ¡Non seas loco!... ¿Non comprendes que está mal que quieras dar un beso á la rapaza?

Pach. Desde luego.

Marux. Pues, entós...

Pach. Por eso non quiero darle uno, sino dos. (Vuelve á intentar coger á Carmina y Maruxona lo impide.)

Carm. ¡Estáte quieto!

Pach. ¡Bueno, por esta vez te libras! (Carmina pasa al lado de Pachín.)

Marux. Ten pacencia, hom. Cuando os caséis podrás besarla siempre que quieras. (Se sienta en el banco)

Pach. Entós ya non tien gracia; el caso es ahora. (Va á besarla)

Carm. ¿Vuelves á las andadas? ¡Mira que marcho!

Pach. ¿A que no?

Carm. ¡Vas á verlo! (Se dirige hacia la casa de la derecha y Pachín la detiene cogiéndola de un brazo.)

Pach. No, Carmina, no. ¡Seré bueno!

Carm. ¿Júrasmelo?

Pach. ¡Que se muera Maruxona si te engaño! .. (Carmina se ríe.)

Marux. (Indignada.) ¡Pachín!

Pach. Non te enfades que ye broma.

Carm. (A Maruxona.) ¿Sabes si vino el médico?

Marux. ¡Contenta tiénesme! Ya dijome el tu padre que non quisiste que yo viese á la neña.

Carm. (Haciéndola una caricia) Non me guardes rencor. ¿Vino?...

Marux. Sí; diz que lo de Rosina non ye ná.

Carm. ¡Ay, más vale así!... ¡Estaba yo más preocupada!... ¿Y marchó el mi pá con el médico?

Marux. No; volvió á entrar en casa.

Pach. ¿O sea que está ahí José?

Marux. Sí.

Pach. Pues entós, hasta luego. (Se dirige hacía la segunda derecha.)

Carm. ¿Dónde vas?...

Pach. (Deteniéndose.) A buscar á mi padre pa que hable con el tuyo.

Carm. Espera.

Pach. (Acercándose á Carmina.) ¿Qué quiés?

Carm. ¡Ay Pachín, estoy temblando!

Pach. ¿Yes boba, neña?

Carm. No, Pachín, tengo razón. ¿Verdá, Maruxona?

Marux. Non sé de lo que habláis.

Carm. Pues verás; Pachín quier que venga el su pa á hablar con el mío.

Marux. ¿Pa qué?

Pach. ¿Pa qué ha de ser? ¡Pa decirle que quiero casarme con Carmina! Todo lo tenemos ya

arreglao, y esta boba tien ahora miedo de non sé qué.

Marux. Yo sí. Carmina sabe que en esa casona non se han vuelto á oir palabras de amores desde que murió Vicente. José non pué fiarse ya del cariño de naide, Telva engañó al su fiu con palabras dulces.

Pach. Sé la historia, Maruxona. ¡Contástemela cincuenta veces!

Marux. Y siempre que la recuerdo danme ganas de llorar. (Se levanta.) Vicentín prendóse de Telva, que era la moza más garrida de toda la aldea. ¡Había que verla los domingos con su saya bordada y su delantal de colorines! ¡Daba gloria mirar á la rapaza!... ¿Pues y el tu hermano? (A Carmina.) Toes les moces se lo disputaban porque era bueno como el pan bendito y honrao como el primero. Telva, al principio despreciólo, non la tiraba el matrimonio y quería vivir libre como los paxarinos; pero luego se casó con él.

Pach. (Queriendo cortar la conversación.) Sí y luego dejóle, ¿no es eso?

Marux. (Con indignación.) Eso es. ¡Y de qué manera! Olvidando los juramentos que fízole al pie del altar, escapóse de la noche á la mañana con Gabriel, un mozo enredador y pendenciero que la habló de amores y la volvió lloca. Porque menester fué que estuviera lloca para abandonar al su marido y á la su fía, que entós apenas tenía un año. ¡Qué pena, Pachín, qué pena! Como Vicente non veía más que por los ojos de su muyer, cuando dejaron de mirarle quedóse ciego y entróle tal tristeza que murió el probín al poco tiempo. Y mira si sería bueno, que sus últimas palabras fueron éstas: «Padre, yo perdono á Telva, perdónela también». ¡Ya ves cuánto quería á Telvina y cómo se lo pagó ella! Por eso desde entós non cree José en el cariño de naide y non ha consentido que delante de él vuélvase á hablar de amores.

(Entrase muy conmovida en la casa de la izquierda.)

ESCENA VI

CARMINA y PACHIN.

Pach. (Despu s de un momento de silencio.) ¡Bah! ¡Bah! ¡Eso son tonterías!

Carm. ¡Non son tonterías, Pachín!

Pach. ¡Sí, neña; non quieras hacerme ver las cosas negras! ¿Tengo yo la culpa de lo que fizo Telva? ¿No? Pues entós, ¿por qué han de pagar justos por pecadores? Vamos, Carmina, levanta los ojos del suelo y mírame.

Carm. Non quiero. Estoy muy incomodada contigo; ya lo sabes.

Pach. ¿Aún dúrate el enfado de anoche?

Carm. Sí.

Pach. ¡Non seas rencorosa!

Carm. ¡Pues júrame que lo que dijiste fué una broma!

Pach. (Poniéndose serio.) No; broma non fué.

Carm. Entós non me querrás mucho.

Pach. Con toda mi alma. Lo que pasa es que soy más ambicioso que tú.

Carm. ¿Non te basta con mi cariño?

Pach. Non enredes las cosas, neña. Lo mismo que podemos ser felices en esta aldea lo seremos más lejos.

Carm. (Con dulzura.) ¡No!...

Pach. Sí, Carmina, (Con entusiasmo.) Verás: cuando nos casemos, levantamos el vuelo, cruzamos los mares y nos vamos á otras tierras á hacer fortuna.

Carm. ¡Si supieras la tristeza que me dan tus palabras non las repetías! ¿Por qué quieres huir de la aldea? ¿Portóse tan mal contigo que quieres abandonarla?

Pach. Non se portó mal; pero non me gustaría pasarme toda la vida metido en ella. Tú, como nunca saliste de aquí, figúraste que non hay nada más allá y crees que el mundo enció-

rrase en esas montañas y en estos campos. ¡Si hubieras visto lo que yo!...

Carm. ¿Qué viste?...

Pach. Muchas ciudaes que non se parecen en nada á esta tierruca.

Carm. Son más feas, ¿verdad?...

Pach. Al contrario. ¡Non pués darte una idea de lo guapo que ye *Ovieu*... y *Xixón!*

Carm. ¿Estuvistes en Xixón?

Pach. Sí

Carm. ¿Y te gustó la mar?

Pach. ¡La mar!

Carm. ¿Y ye tan grande como dicen?

Pach. Non tien fin. ¡Yo non me cansaba de mirarla! Unos días la ves mansina, toda azul, y otros alborotada, blanca por la espuma de las olas que se rompen. ¡Qué hermosa ye! ¿Non oiste hablar de ella á Rufo el indiano?

Carm. ¡Calla, non me mientes á ese hom! El tién la culpa de que tú quieras irte.

Pach. Ties razón; su fortuna vuélveme loco. Ya ves, marchó de aquí probe y ha vuelto rico. Talento non tien mucho más que yo; de manera que conforme él ganó pesos y pesos hasta reunir un capital. yo puedo ganarlos también. Tós los que se van vuelven con dinero; ¿non lo notaste?

Carm. Sí, pero piensa en los infelices que non vuelven: unos porque no reunieron lo suficiente para venir á morir á su aldea, y otros porque mueren allí.

Pach. Bien; calla la boca.

Carm. ¿Convénceste de lo que te digo?

Pach. No, pero si seguimos hablando acabaremos como anoche, y yo non quiero reñir.

Carm. Ni yo.

Pach. ¿Quiéresme?

Carm. ¡Más que á nadie en el mundo, Pachín!

Pach. ¡Ay, rapaza, cuánto daría yo por meter en tu cabeza mis ambiciones!

Carm. ¡Y yo por sacarlas de la tuya!

Pach. ¡Non podrías, Carmina! (La abraza.)

Carm. (Sin separarse.) ¡Estate quieto, Pachín!

ESCENA VII

DICHOS y RAMÓN, que ha salido por la segunda derecha momentos antes y ve á Carmina y á Pachín abrazados.

Ram. ¡De salú sirva!

Carm. ¡Ay!... (Se separa bruscamente de al lado de Pachín y le dice en voz baja:) ¡El tu pá!... ¡Y nos ha visto!...

Ram. (Avanzando pausadamente hacia ellos.) ¡Pero qué poca vergüenza tenéis!

Carm. (Rápidamente.) Yo non quería.

Ram. Si non lo digo por esto, boba. (Indicando la acción de abrazar.) El rapaz hace bien en abrazarte. ¡Yo en su caso haría lo mismo!

Pach. Pues entós...

Ram. Cerca de una hora estuve aguardándote pa que me trajeras á ver á José. ¿Qué pasó? ¿Ye que non quier ese hom hablar conmigo?

Pach. Olvidé que usté me esperaba.

Ram. Sí; ya he visto que non te acordabas de nada. (A Carmina.) ¿Qué, no está el tu padre?

Carm. Sí.

Ram. ¿Y por qué non le habéis llamao?

Carm. Cuando usté llegó íbamos á hacerlo.

Ram. (Con intención.) Mala ocasión era; pero, en fin, avísale ahora.

Carm. Voy. (Asomándose á la puerta de la casa de la derecha.) ¡Padre, padre, salga un momentín!

Ram. ¡Bien podéis agradecerme que venga! Había jurao non volver á hablar con José desde que reñimos por lo de la xata.

Carm. Hoy harán ustés las paces.

Ram. Por mí fechas están hasta la presente.

Carm. Ahí sale el mi pá...

ESCENA VIII

DICHOS y JOSÉ por la primera derecha.

José. Buenos días.
Ram. Buenos, hom.
José. ¿Eras tú el que mandábasme llamar?
Ram. Sí.
José. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Non decías que non ibas á venir más?
Ram. (Conciliador.) Mira, José, lo pasao, pasao.
José. Eso pienso yo.
Ram. Pues entós, dejemos los rencores y vamos á hablar de un asunto muy serio.
José. Tú dirás
Ram. Pues... trátase de los rapazos... que...
José. Anda pa dentro, Carmina.
Carm. Como usté mande, pá. (Coge la ferrada y éntrase en la casa de la derecha)
Ram. Pues marcha tú también. Pachín.
Pach. (Resistiéndose á irse.) Es que yo quisiera...
Ram. Marcha, digo. (En voz baja.) ¡Ya te contaré después todo.
Pach. Bueno. (Se dirige al sitio por donde hizo mutis Carmina)
Ram. Non, rapaz; por allí. (Señalando la segunda izquierda.)
Pach. ¡Quede usté con Dios, José!
José. ¡Adiós! (Vase Pachín por la segunda derecha.)

ESCENA IX

JOSÉ y RAMÓN.

José. Ya estamos solos; dí lo que quieras.
Ram. Lo mismo dábame decirlo delante de ellos; pero en fin... (Se sientan los dos en el banco de piedra.) ¿Quiés fumar?
José. Venga. (Coge la petaca que le alarga Ramón y se

echa tabaco en la palma de la mano. Pausa larga. Durante ella lían los dos sendos cigarrillos, que encienden luego.) Gracias.

Ram. Mira, José: recordarás que siempre fuímos tú y yo buenos amigos.

José. Sí.

Ram. Y aunque reñimos por aquello de la xata...

José. ¿Vas á recordarlo ahora?

Ram. Sí; pa que te convenzas de que yo tenía razón.

José. (Con sequedad.) Engañaste, hom...

Ram. ¿Pero crees todavía que la xata correspondíate á ti?

José. ¡Qué duda tien!

Ram. (Nervioso ya.) ¡Mira, non hagas que desbarre!

José. (Con calma.) Aunque desbarres. Si quedéme con el animal, fué porque en justicia era mío.

Ram. ¡Eso quisieras!

José. ¿A ver qué pasó? En el mismo prado pastaban mi *Peregrina* y tu *Lucero*; enamoráronse el uno del otro...

Ram. Sí, y enterámonos de sus amores unos meses más tarde.

José. Tú, entós, te empeñaste en que el fiu que iba á tener la mi vaca, correspondíate...

Ram. Es claro; como si non hubiera sido por el mi toro. non tien novedá tu *Peregrina*.

José. Yo opúseme.

Ram. (Sin poder contenerse.) ¡Como que yes un cabezota!

José. (Levantándose rápidamente.) El cabezota seraslo tú.

Ram. (Levantándose también.) Mira non me ofendas que non te lo aguanto.

José. Ni yo á ti. (Se quedan mirándose retadores y luego se sientan. Pausa.)

Ram. La prueba de que la xatina debía ser mía ye que Dios te castigó y dejó ciega á la tu vaca.

José. ¡Probina; tuerta era y un rapaz la dejó ciega de una pedrá!

Ram. ¡Toma xata!

José. Bueno, pero la fía en cambio tien los ojos hermosísimos.

Ram. ¡Como que sacó los de mi toro, que ye el animal más guapo que hay en casa, mejorando lo presente!

José. ¿Y pa recordarme todo eso has venido?

Ram. No; ya sabes tú de sobra lo que vengo á decirte.

José. ¿Yo?. .

Ram. Si, non te fagas de nuevas ¿Vas á decirme ahora que non sabes que el mi fiu y la tu Carmina quiérense? ¿Eh? (José va á hablar y se detiene.) ¿Quedástete mudo? ¿Ye que non te gusta el mi Pachín? ¡Habla ya, cristiano!

José. ¿Y qué quiés que te diga? Ya sé que los rapazos son novios, que quieren casarse.

Ram. Tú non te opones.

José. No. Pachín creo que ye bueno.

Ram. ¡Non lo hay mejor! ¡Ye mi orgullo!...

José. Pues... por mí que se casen.

Ram. (Entusiasmado.) ¡Dame un abrazo. hom!... (Se abrazan.) ¡Non sabes el peso que me quitas de encima! Creí que ibas á decir que no.

José. ¿Piensas que soy lloco?

Ram. No; pero como cuando murió el tu fiu juraste non hacer caso del amor de naide.

José. ¿Qué quieres? Escocióme la herida, pero aquello ya non tien remedio. Cásense nuestros fius en buen hora y sean muy felices.

Ram. Amén. Los dos se quieren, de manera que lo seran; ¿non te paez? ..

José. Desde luego.

Ram. Pues dame esa mano y tan amigos. (Se dan la mano)

José. Tan amigos, Ramón. (Pausa.)

Ram. Ya hablaremos de lo que pienso dar á Pachín... y de lo que tú darás á Carmina.

José. Sí, ya hablaremos.

Ram. Porque non estaría decente que tu fía fuese á casarse desnuda, como quien diz.

José. Claro, non estaría decente.

Ram. Mira, pa que te convenzas de lo bueno que

soy pa ti yo, haré que toos los días venga Carmina á verte.

José. ¿Qué dices, hom? Carmina y Pachín vivirán aquí en mi casona...

Ram. Quiá, José, en la mía. ¡Yo non me separo del mi fiu!

José. Ni yo de la mi fia

Ram. ¡Qué remedio tendrás! La muyer debe seguir al marido. que así se lo manda el cura.

José. Pues entós, non la dejaré casarse.

Ram. (Levantándose.) ¿Díceslo en serio?

José. En serio digolo.

Ram. ¡Vente á razones, José!

José. ¡Y tú, Ramón! (Se levanta.)

Ram. Yo tengo más derecho para pedir que se estén conmigo; al fin y al cabo soy el padre del novio, y el hombre ye quien manda.

José. Y yo el de la novia, y á las muyeres hay que complacerlas.

Ram. Non transijo.

José. Ni yo.

Ram. ¿Vamos á tener aquí lo de la xatina?

José. ¡Tú ties la culpa! (Muy rápido hasta el final de la escena.)

Ram. Ties razón. ¡Si non hubiera venido!...

José. Y si yo non te hubiera escuchao...

Ram. Deseando estabas que yo te hablara del asunto.

José. Eso tú: mi Carmina vale más que tu Pachín.

Ram. (Indignadísimo.) ¿Que ties tú que decir de mi fiu?

José. (Bruscamente.) ¡Nada!

Ram. Es que como le ofendas, crúzote la cara.

José. ¿A mí?...

Ram. (Blandiendo la vara que lleva.) ¿Quiés verlo?

José. ¡Matón!

Ram. ¡Guapo!

José. ¡Se acabó!

Ram. Ahora verás.

José. (Cogiendo la silla de Maruxona.) ¡Como te acerques!... (Cuando se van á acometer sale Maruxona y se coloca rápidamente entre los dos.)

ESCENA X

DICHOS y MARUXONA por la primera izquierda.

Marux. Pero, cristianos, ¿qué van á hacer?
Ram. Yo darle á ése una paliza.
Marux. (Sujetando á Ramón.) ¡Estése quieto!
Ram. Suéltame, Maruxona
José. Déjale, que si viene aquí mátole.
Marux. Vamos, non riñan.
Ram. José, ¡yes un cabezota!
José. ¡Eso, tú!
Marux. ¡Callen los dos!
Ram. Si non llega á salir la bruxa, quédate recuerdo de este día.
José. Y á ti.
Ram. ¡Bah, bah, marcho, porque si non...!
José. Sí; más cuenta te tien.
Ram. Voy á decir al mi fíu que si vuelve á hablarme de Carmina doyle una tunda.
José. ¡Ya te tardaba á ti que se casase!
Ram. Bueno. ¡Hasta nunca!
José. ¡Que el diablo te lleve! (Vase Ramón por la segunda derecha.)

ESCENA XI

MARUXONA y JOSÉ.—A poco CARMINA por la primera derecha.

José. Está lloco. ¿Non te paez?...
Marux. ¿Deshizose la boda de los rapazos?
José. Non; reñimos fuerte, pero mañana ó pasao volverá Ramón y arreglaráse todo. Conózcole muy bien y sé del pie que cojea.
Carm. ¿Qué hay, pá?
José. Sales á tiempo, neña.
Carm. ¿Por qué?
José. Porque si llegas á venir un momento antes,

nos ves engarraus al padre del tu mozo y á mí.

Carm (Desconsolada) Entós...

José. Non tuerzas el gesto, que te casarás con Pachín.

Carm. (Con alegría.) ¿De veras?

José. ¡Non te engañé nunca!

Carm. ¡Qué alegría! (Acercándose á Maruxona.) ¿Oyes, Maruxona? ¡Mi pá consiente!

Marux. Ya lo sé, rapaza, ya lo sé.

José Ahora ties que jurarme una cosa.

Carm. (Poniéndose seria.) Diga.

José Que non me abandonarás nunca.

Carm. Júroselo.

José. Que viviréis conmigo en esa casona.

Carm. Desde luego. ¡Ya lo teníamos pensao!

José. ¿Sí, eh? ¡Y que luego venga Ramón á...! (Se dirige hacia su casa.)

Carm. ¿Dónde va usté?

José. Adentro con Rosina.

Carm. Está muy contenta. Non paez que ha estao mala. Luego llevarela á dar un paseín hasta la cueva del Raposo.

José. Eso es; que corra, que salte, que ría. ¡Cuando está triste non sé lo que me pasa! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XII

CARMINA y MARUXONA.

Carm. ¿Fijástete cuánto quier el mi pá á Rosina?

Marux Non ye extraño; la rapaza ye el retrato de Vicente, su misma cara, sus mismos ojos... Digo, no; la neña sacó los ojos de su madre. Los del tu hermano eran más oscuros.

Carm. ¡Probe Vicentín!

Marux. ¿Hasta qué hora estuviste hablando anoche con el tu mozo?

Carm. Hasta las once.

Marux. Cuando yo me fuí á acostar aún estabas tú

en la ventana. Por cierto que parecióme que reñíais.

Carm. (Con tristeza.) ¡Y non te engañaste!

Marux. ¡Por alguna bobada sería!

Carm. No. ¡Si tú supieras lo que lloré al irme pa la cama!

Marux. ¿Tan seriu fué el incomodo?

Carm. A ti puedo decirtelo; ¿á que non sabes lo que quier Pachín?

Marux. ¡Qué sé yo!

Carm. Pues que cuando seamos marido y muyer, marchemos juntos á las Américas.

Marux. ¿A qué?

Carm. A hacer fortuna. Pacho cree que tós los que se van allí vuelven cargaos de onzas de oro.

Marux. ¡Ay, neña, y por desgracia non es él solo quien lo cree! Hoy día son muchos los que piensan como Pachín, y así despué-blanse las aldeas que ye un dolor. Antes de luchar aquí por la vida márchanse los mozos muy lejos... ¡Y luego dicen que nuestra tierra non da las cosechas que debía dar! ¿Cómo ha de darlas si sólo quedan para la-brarla vieyos y muyeres?..

Carm. Pues díselo á Pachín y verás lo que te responde.

Marux. ¿Yo? ¡Dios me libre! Pero oye, ¿á que te prometió que volveréis cuando seáis vieyinos?

Carm. Sí.

Marux. ¿Veslo? ¡Arreniego de tós los que piensan como el tu mozo! Pa trabajar busca otro pueblo; para morir viene á su aldea. En las Américas ocupará un sitio en algún taller, en alguna *frábica*, en algún lugar donde pueda servir de algo, y en su tierra lo ocupará en donde ya non puede servir más que de pasto á los gusanos.

Carm. ¡Dices unas cosas!

Marux. La verdá, neña. ¿Ye que non piensas tú como yo?

Carm. Yo lo que digo á Pachín ye que non quiero marchar de la aldea.

Marux. Eso; que marche él solo. (Se sienta en la silla.)
Carm. Eso no, porque si él se fuera yo moriría.
Marux. ¿Tanto le quiés?
Carm ¡Con toda mi alma! Pa mí non hay más hombre en el mundo que Pachín
Marux. ¡Así se quiere, Carmina!
Carm. Pues así quiero yo, Maruxona.

ESCENA XIII

DICHAS y MONTERUCO, que sale por la segunda derecha. Monteruco es un viejo mendigo que siempre está llorando. Al costado izquierdo lleva un zurrón de arpillera. Al andar arrastra mucho los pies y se apoya en un grueso bastón.

Mont. (Mirando amenazador hacia el sitio por donde ha salido.) ¡Canijos, creminales, lenguatones! ¡Burlarse así de un pobre viejo!
Marux. ¿Qué le ocurre, Monteruco?
Mont. (En tonos destemplados.) ¡Calle la bruxa! (Volviendo como antes.) ¡Mala xente, comíos de miseria os veáis! (Se sienta en el banco de piedra, lorando amargamente.)
Carm. (Acercándonse á él muy cariñosa.) ¿Pero por qué llora?
Mont. ¿Por qué quies que llore, neña? Porque todos los dias persíguenme los rapazos haciendo burla de mí y tirándome piedras. ¡Ay, ay! (Cambiando bruscamente de tono y con cómica naturalidad.) ¡Cochinos, cobardes! Como me ven vieyo y achacoso, tós son á martirizarme. ¡Cuando tengáis setenta años como yo tengo, ya me lo diréis!
Marux. ¡Entós será un poco dificil!
Mont. ¿Por qué?
Marux. Porque pa esa fecha ya non vivirá usté.
Mont. (Con cómica indignación) ¡Y luego dicen que tengo mal genio, que moléstame todo, que lloro sin motivo!... (Lo mismo que antes.) ¡Bruxa. más que bruxa!
Carm. ¡Pero, Monteruco, si Maruxona non metióse con usté!

Mont. ¡Ya lo creo! ¡Diz que voy á morirme! (Llorando con más fuerza.)

Carm. Vamos, vamos, non empiece usté.

Marux. Mejor le estaría callar la boca.

Mont. Non quiero.

Marux. O ir á la iglesia á rezar por las cinco muyeres que mató.

Mont. (Llorando amargamente.) ¡Mentira; yo non he matao á naide! (A Carmina.) ¿Ves cómo métese ella conmigo?

Marux. Matólas á disgustos. ¡Para el caso ye igual!

Mont. Non ye cierto.

Marux. ¡Mira que casarse cinco veces!. .

Mont. ¡Mentira, mentira!

Carm. Vamos, non llore.

Mont. Es que cualquiera que la oiga creerá que ye verdá; que yo non hecho en toa mi vida más que pensar en las muyeres. (Cambiando otra vez de tono.) ¡Mal fin tengan toes!

Carm. ¡Muchas gracias!

Mont. Non digolo por ti, ¡sino por Maruxona!

Marux. O sea que, según usté, non casóse más que una vez.

Mont. No, eso tampoco. Caséme cuatro veces.

Marux. ¿Pues entós?...

Mont. ¡Pero non cinco, como usté diz!

Carm. Vaya, vaya; callen los dos, que parecen al perro y al gato.

Mont. ¿Llámasme perro? (Llorando.)

Carm. No, Monteruco, no.

Mont. ¡Entós gato, que ye peor!

Carm. ¡Bah! con usté non pué hablarse. ¡Voy por Rosina! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XIV

MARUXONA y MONTERUCO. A poco MARGARITA por la segunda izquierda. Luego CARMINA con ROSINA, niña de cinco años, por la primera derecha.

Mont. ¡Hasta ella métese también conmigo! ¡Ya non se respeta ni á los vieyos!

Marux. (Remedándole.) ¡Ni á los vieyos, ni á los vieyos!

Mont. (Muy incomodado) ¿Qué me mira? ¡Bruxa, más que bruxa!

Marux. ¡Meyor!

Marg. (Sale corriendo y se acerca á Maruxona.) ¡Maruxona!...

Marux. ¿Qué quies, neña?

Marg. ¿Sabe si está en casa Carmina?

Marux. Sí, ahora saldrá.

Marg. ¿Y José?

Marux. Está con ella. ¿Pero qué pasa?

Marg. Pues que.. (Al ver salir á Carmina y á Rosina echa á correr hacia ellas) ¡Ay, Carmina!..

Carm. ¡Ay, asustásteme, Margaritina!

Marg. Mas te asustarás cuando te diga á quién ví haz un momento.

Marg. ¿A quién?

Carm. ¡A la muyer del tu hermano!

Carm. ¿Cómo?

Marux. (Levantándose y yendo hacia Margarita.) ¿Qué dices? (Rápido hasta el final del acto)

Marg. ¡Que ví á Telva!

Carm. ¡Non pué ser!

Marg. Vaya; junto á la pumarada la encontré. ¡Si viérais qué delgadina está la probe! ¡Non paez la misma!

Carm. Pero...

Marg. Apenas hablóme; díjela que seguíais viviendo en esta casona, y ella entós echó á correr Yo me vine por el atajo. Ya creí que estaría aquí, porque por el camino ví á Sabina, á Restituta y á la má de Alfredo y paréme con ellas pa darles la noticia.

Marux. Y Telva, ¿qué dijote?

Marg. Pues... que non le dijera á nadie que la habia visto.

Carm. ¿Non te habrás equivocado, Margarita?

Marg. Non, rapaza; conozco muy bien á Telva.

Carm. ¡Pero si non ye posible que!...

Marg. (Mirando hacia la segunda izquierda.) ¡Mírala! ¡Ahí la tiés! ¿Era ó non era verdá?

ESCENA XV

DICHOS y TELVA, que sale por la segunda izquierda y se precipita sobre su hija. Al final, PACHIN, por la segunda derecha. Telva viste hábito sencillo del Carmen y cubre su cabeza con un velo negro que rodea su cuello. Sobre los hombros lleva un chal obscuro.

Carm. (Al ver aparecer á Telva.) ¡Telva!

Tel. (Cogiendo á su hija y besándola con pasión.) ¡Hija de mi alma, hija mia!...

Carm. ¡Pero Telvina!...

Marux. ¡Telva!...

Tel. (Con furia y creyéndose que tratan de impedir que bese á su hija.) ¡Dejadme; es mi hija; es mia, es mia!

Carm. (Con cariño.) ¡Telvina!

Tel. (Llorando.) Déjame, rapaza, déjame. (Sigue abrazando y besando á Rosina. Carmina, Margarita y Maruxona, la contemplan en silencio. Monteruco la mira con curiosidad. Sale Pachín por la segunda izquierda y se detiene observando el cuadro.)

Tel. ¡Hija de mi alma, hija mia! (Comienza á oirse la voz de un mozo que canta:)

Si se va la paloma
ella volverá,
que dejó los pichones
á medio criar...

(Va cayendo el telón pausadamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

Cuando se levanta el telón está la escena sola. En seguida sale de la casa de la derecha RAMON, vestido con el traje de los días de fiesta, seguido de CARMINA.

Carm. Pero escuche, Ramón. (Sujetándole.)

Ram. Suéltame, neña; he dicho que non transijo, y non transijo.

Carm. (Soltándole.) ¡Atienda á razones!

Ram. Non quiero, que el tu padre tampoco quier escuchar lo que yo le digo.

Carm. ¡Ande, entre en casa!

Ram. ¡Lo que es eso!... Pedazos habían de hacerme y non entraría. Yo soy un home formal y gústame que lo que se promete se cumpla.

Carm. ¿Pero qué fué lo que prometió el mi pá?...

Ram. ¿Non lo sabes?...

Carm. No.

Ram. ¡Paez mentíra! Trátase de la tu dote y non te enteraste. Pues José díjome que te daría cuatro fanegas de maíz, la *xatina* y mil reales en monedas de oro que tien guardaes desde haz mucho tiempo.

Carm. Bueno, ¿y qué?

Ram. ¿Cómo qué y qué? ¿Non le oiste que ahora se echa atrás? Le paez mucho lo que ofreció y diz que non da más que dos fanegas de maíz y doscientos reales. ¡Y de la *xatina*, ni una palabra!... ¿Ye eso seriedá?... ¿Tengo ó non tengo razón pa incomodarme?

Carm. ¡Chist, non se ponga así, que ya se arreglará todo!

Ram. ¡Non veo de qué manera! El tu padre debía seguir mi ejemplo. (Dándose importancia.) Yo pienso darle á Pachín un prau, toda la cosecha de maíz que he cogido y el *Lucero*... ¿Qué tal; te paez poco?

Carm. No.

Ram. Y si José os regala al fin la *xata*, yo haré un esfuerzo; y aunque me quede sin tener que llevarme á la boca, os daré toda la cebada que tengo.

Carm ¡Muchas gracias!

Ram. Tú non seas boba y convéncele. Lo que non consigas con tus mimos, no lo consigue naide. Y además, ¡qué demonio!; dile que transija en lo de la *xatina*, que también yo he transigido con que lo primero que tengáis sea neño y no neña, como yo quería.

Carm. (Ruborosa.) ¡Ramón!...

Ram. ¿Y Pachín, non sabes dónde anda?...

Carm. No; aún non vino.

Ram. ¿Pensáis ir á la romería?

Carm. Non sé; lo que él diga.

Ram. Pues yo non faltaré Pienso ir, como tós los años, á recordar mis buenos tiempos. ¡Y eso que ya non esta como estaba antes! Hoy día todo ha cambiao: los bailes, las fogueras, todo... todo, menos las bofetaes que dan las mozas á los que acercan mucho... ¡Esas duelen como las de haz cuarenta años!

Carm. ¿Y usté cómo lo sabe?

Ram. Porque... me lo figuro. (Se ríen los dos.) En fin, Carmina, hasta luego. Y ya sabes lo que te he dicho; convence al tu padre.

Carm. ¡Váyase tranquilo!

Ram. Non lo olvides; yo os daré el prau, el maíz, el toro y la cebada.

Carm. Sí, sí. ¡Non se me olvida!

Ram. ¡Adiós, rapaza!

Carm. ¡Adiós! (Vase Ramón por la segunda derecha.)

ESCENA II

CARMINA; á poco MARUXONA por la primera izquierda.

Carm. ¡Hasta en estos momentos háblase del dinero. ¡Qué maldito interés!... (Se sienta en el banco de piedra y quédase pensativa. Pausa. Sale Maruxona y se acerca á Carmina)

Marux. ¿Dormías?

Carm. No, Maruxona.

Marux ¡Como te vi tan quieta!

Carm. Salí á respirar un poco de aire fresco; en la casona haz mucho calor.

Marux. ¿Y Telva?

Carm. Ahí dentro la tiés. ¿Vas á verla?

Marux. Si.

Carm. Pues está con el mi pá y con Rosina. ¡Entra si quiés!

Marux. No, ahora no. ¡Tiempo hay luego! (Se sienta al lado de Carmina.) Haz ya tres dias que vino y aún non he podido hablarla.

Carm ¿Tiés algo que decirla?

Marux. Si, pero non tien na de particular. ¿Os dijo ya dónde anduvo todo el tiempo que faltó de la aldea?

Carm. No; ni se lo preguntamos. ¡Si vieras! ¡Da lástima mirarla! Apenas nos habla. Día y noche se los pasa al lado de su fía. Desde que mi pá la contó lo que decía Vicentín de que non se la cerrasen las puertas de la casona, non haz más que llorar. ¡Probina, bien está pagando lo que fizo!

Marux. ¿Perdonóla el tu padre?

Carm. ¡Qué remedio! Juróselo al mi hermano y non ha tenido más remedio que cumplirlo.

Eso sí, procura estar con ella lo menos que puede.

Marux. Es natural.

Carm. Al fin y al cabo, lo que Telva fizo con Vicente non pué olvidársele tan pronto.

Marux. Ni se le olvidará Las ofensas que se les haz á los fíos non se perdonan nunca. Yo siempre aseguré que Telva tornaría á la aldea, ya oístemelo muchas veces; pero non creí que volviese tan pronto.

Carm. (Con curiosidad.) ¿Y cómo lo sabías?

Marux. (Solemnemente.) Lo leí en las estrellas; estaba escrito allá arriba.

Carm. ¿Sí?

Marux. Sí. Mira, por cada persona que se muere enciéndese en el cielo una estrella.

Carm. ¿De verdá, Maruxona? ¡Qué bonito!

Marux. Por eso cuando rezamos por los muertos, miramos sin querer pa lo alto; ¿non lo notaste?

Carm. Oye: ¿ye verdá que ves el sino de una persona en las palmas de sus manos?

Marux. Sí.

Carm. (Mostrándola una de sus manos.) Pues anda, mira el mío y dime lo que va á pasarme...

Marux. ¡No!

Carm. ¿Por qué, Maruxona?

Marux. Porque no, Carmina.

Carm Ye un capricho.

Marux. Aguántalo.

Carm. (Suplicante.) Pero Maruxona...

Marux. No insistas, neña.

Carm. ¡Qué bobada! Non paez sino que ya has visto que algo malo va á pasarme.

Marux. Por eso, por no verlo si ye verdá, non quiero. (Con cariño.) Adórote, rapaza, y si yo supiera que Dios te tien reservadas en esta vida horas de pena y de dolor, sufriría mucho.

Carm. (Sin hacerla caso.) ¡Bah, bah! ¡Non seas boba!

Marux. Marcha, Carmina. (Se levanta.)

Carm. (Levantándose también y sujetándola.) Ven aquí, non te escaparás sin decirme cuál ye mi sino.

Marux. Suelta, neña.

Carm (Sin soltarla.) No, no.

(Sale José de su casa y al verle suelta Carmina á Maruxona.)

ESCENA III

DICHAS y JOSÉ por la primera derecha.

José. ¿Qué ye eso? ¿Por qué reñís?

Carm. Si non reñimos. ¡Ye que estamos de broma! ¿Verdá, Maruxona?

Marux. Sí.

Carm. ¿Dónde va usté?

José. Non lo sé. Marcho de la casona porque non puedo estar en ella; el silencio y la tristeza de Telva me hacen daño.

Carm. ¡Probina; bien sufre!...

José. ¿Qué más quiere? Ya se lo he perdonado todo. Non he podido hacer más.

Carm. ¡Ni ella quería otra cosa!

José. Pues si consiguiólo ya, ¿quiés decirme por qué llora? Si la hablo baja los ojos avergonzada y apenas me contesta; si la miro pónese encendida como las cerezas; non paez sino que la molesta que esté á su lao.

Carm. ¡Qué bobada!

José. Así non podemos continuar, Carmina; de esta manera ella pasa malos ratos y yo también.

Marux. Non se desespere, cristiano, y tenga paciencia; aún es pronto para que las aguas vuelvan á sus cauces.

José. ¿Pero volverán, Maruxona?

Marux. ¡Qué duda tien!...

José. Pues Dios haga que sea pronto.

Marux. Non tardará mucho; descuide. (Vase José por la segunda derecha.)

ESCENA IV

CARMINA y MARUXONA.

Carm. (Volviendo á acercarse á Maruxona.) ¡Anda, dime cuál ye mi sino!

Marux ¿Aún insistes, Carmina?

Carm. Como que non déjote ni á sol ni á sombra hasta que me lo digas.

Marux. ¡Mira que tal vez te pese luego!

Carm. Non te preocupes.

Marux. (Resistiéndose) ¡Rapaza!...

Carm. ¡Vamos, aquí está mi mano! (Mostrando su mano derecha.)

Marux. (Sin decidirse á cogerla.) ¡Carmina; neña!

Carm. ¡Ay qué muyer! Non te haré caso si dícesme que van á pasarme desgracias.

Marux. Pues que tú lo quieres, sea. (Se pone de rodillas)

Carm. ¿Qué haces?

Marux. Ponerme de rodillas, ¿non lo ves?

Carm. ¿Y pa qué haces eso?

Marux. Pa que el Espíritu Santo me ilumine. (Santiguándose, según hace la invocación.) En el nombre de Dios Padre, que creó las aguas, el cielo y la tierra; de Dios Hijo, que vino al mundo para salvar á los pecadores; de Dios Espíritu Santo, que descendió sobre los apóstoles, yo te invoco, genio de la adivinación... ¡Ave María Purísima! (Reza entre dientes)

Carm. (Asustadísima.) ¡Ave María Purísima!

Marux. Dios te salve... (Sigue rezando en voz baja.)

Carm. ¡Maruxona!..

Marux ¡Calla! (Termina su oración y se levanta.) Dame la mano.

Carm. ¿Cuál?

Marux. La derecha. (Carmina se la muestra.) ¡Abrela bien!

Carm. ¿Así?...

Marux. Sí. (Pausa.)

Carm. ¿Qué ves, Maruxona?...

Marux. Espera. (Señalando con el dedo índice la dirección de las rayas de la mano de Carmina.) Esta raya que va sin torcerse hasta la muñeca, quier decir que un cariño muy profundo tien dominada tu voluntá.

Carm. (Rápidamente.) ¡Cierto, el de Pachín!

Marux. Esta otra que dóblase en el medio, diz que tiés una pena muy honda que te haz llorar muchas veces.

Carm. Yo no.

Marux. (Mirándola fijamente.) ¿No?

Carm. Digo, sí; el viaje á las Américas.

Marux. Esta, que sin los amores que hoy tiés non podrias vivir

Carm. (Asombrada.) ¡En todo aciertas!

Marux. Esta, que tiés un corazón que non te cabe en el pecho; ésta qne... (Aterrada por lo que acaba de ver.) ¡Virgen María!

Carm. ¿Qué te pasa, Maruxona?

Marux. ¡Ay, neña, qué desgracia más grande; bien deciatelo yo!

Carm. ¿Pero que ye?... ¿Qué viste?...

Marux. (Volviendo á coger la mano de Carmina.) Pues en ésta que tuércese desde el principio al fin, en ésta que tien la figura de una víbora, veo ingratitudes y maldaes.

Carm. (Muy asustada y no queriendo dar crédito á las palabras de Maruxona.) ¡Bah! Engáñaste, Maruxona.

Marux. (Arrepentida de lo que ha dicho y procurando tranquilizar á Carmina.) Tú lo has dicho, Carmina; engáñome. Tal vez no he visto bien tu sino; miré mal tu mano.

Carm. (Volviendo á enseñársela.) ¡Mírala otra vez!

Marux. (Apartándola de sí.) No, non vuelvas á enseñármela, neña.

Carm ¿Confiésasme entós que te equivocaste?

Marux. Sí, non pué ser que naide pórtese mal contigo, que yes la más buenina y la más santa... ¡Quien fágate llorar, merez la muerte!

Carm. (Tranquilizándose.) ¡Ay, respiro; asustásteme!

Marux. ¡Perdóname, neña!

Carm. Non ye que creyera que lo de las traiciones fuera verdá; pero como acertaste en lo del amor de Pachín y la pena por el viaje á las Américas, dióme que pensar.

Marux. ¿Aún insiste Pachín en irse?

Carm. Sí, y cada vez con más fuerza, y como yo non quiero marchar de la aldea, se enrabia y apenas habla conmigo desde haz unos días. ¡Está más bobo!...

Marux. (Alegremente.) ¿Y pa cuándo ye la boda?

Carm. Non lo sé... Si las cosas non tuércense, pensamos casarnos para el otoño.

Marux. ¿Y por qué han de torcerse, rapaza?

Carm. ¡Muyer, figúrate que también resultase verdá lo de las maldaes!

Marux. ¡Bah! Olvida lo que te dije.

Carm. Olvidado queda, Maruxona.

Marux. (Viendo salir á Pachín.) ¡Mira, ahí tiés ya al tu mozo, neña!

ESCENA V

DICHAS y PACHÍN, por la segunda derecha.

Pach. Buenas tardes, Maruxona. ¡Hola, Carmina!

Carm. (Carmina, acercándose á él muy contenta.) Dios te guarde hom; estuve esperándote toda la mañana.

Pach. Non salí de casa; levantéme de mal humor.

Carm. ¡Ya lo veo!

Pach. (Con sequedad.) ¿Qué ves?

Carm. El mal humor que tiés; en la cara se te conoz.

Marux. (Que se ha sentado en el banco.) ¿Qué, non vais á la romería?

Pach. ¿Irás tú, Carmina?

Carm. ¿Tú non tiés pensao ir?

Pach. No.

Carm. (Con decisión.) Pues entós yo non voy tampoco.

Pach ¡Qué bobada! ¿Quitote yo de que vayas?

Carm. Non yendo tú, sí.

Pach. ¿Qué falta fágote allí?

Carm. La que en toas partes; sábeslo de sobra, Pachín; non sé por qué te faces de nuevas. (Cariñosamente.) ¿O es que gústate que te diga que non estando á tu lao non disfruto con nada?

Pach. (Con despego.) ¡Non sé lo que me gusta!

Carm. (Con tristeza.) ¡Válgame Dios, hom; paez que te han vuelto. Llevas unos días que molésta-te todo; ¡hasta mi cariño!

Pach. Non digas tonterías; ya sabes tú bien lo que me pasa y non me querrás tanto como dices cuando non quiés complacerme en lo que te pido.

Carm. ¿Que non te quiero?...

Pach. A la vista salta.

Carm. Mira, Pachín; pídeme los ojos con que te miro y non vacilaré en sacármelos; pero non me pidas que marche de la aldea, porque moriría, y non creo que quieras mi muerte.

Pach. ¡Bah, bah!; contigo non pué hablarse de ciertas cosas.

Carm. Y para ti son inútiles las razones. (Con amargura.) ¡Non eras así antes, Pachín! ¿Es que ya non me quieres?... ¡Dime qué ye lo que te pasa!

Pach. Non me pasa nada.

Carm. Pues entós, anda, mírame. (Pachín la mira muy serio.) No, así no. ¡Como antes!

Pach. (Incomodado.) ¡Como antes mírote!

Carm. Bueno, hom; no te incomodes. (Se sienta junto á Maruxona. Pausa.)

Marux. Pachín, ¿que te dijo anoche Telva?

Carm. (A Pachín.) ¿Viste á Telva?

Pach. Sí; me la encontré cuando volvía de la ermita y la acompañé un rato.

Carm. ¿Non te hablaría apenas, verdá?

Pach. Al principio estaba muy callada; pero luego acabó contándome muchas cosas.

Carm. ¡Pués estar orgulloso, hom!

Pach. ¿Por qué?

Carm. Porque ya conseguiste más que nosotros. Desde que vino non hemos conseguido que nos diga ni adónde fué cuando marchó de aquí.

Pach. Pues á mí díjomelo.

Marux. ¿Sí?

Carm. ¡Tíés más suerte que el mi pá y que yo!

Pach. ¡Bueno fuera que á mí non me lo hubiera dicho!

Carm. ¡Hombre, al fin y al cabo, tú non yes na suyo, y nosotros!...

Pach. Yo conózcola desde que los dos éramos rapazos.

Carm. También yo.

Pach. Non es lo mismo. Tú has vivido siempre en el valle y ella nació en lo alto de la montaña, donde estábamos los *salvajes*, como nos llamábais los de aquí, los que á naide obedecíamos, los que nunca queríamos ir á la escuela, los que os corrían á manzanazos y á pedraes cuando nos íbais á molestar.

Carm. ¡Bien malos érais!

Pach De tós los rapazos que formábamos aquella *pandilla*, ¡qué pocos quedamos ya en la aldea! ¡Puen contarse por los deos! (Con envidia.) ¡Casi tós marcharon!

Marux. ¿Pero qué te dijo Telva; dónde estuvo?

Pach. Ni ella misma lo sabe. Corrió muchas tierras, anduvo de aquí para allá sin parar en ningún sitio. ¡En tós la fué mal!

Marux ¡Claro, como que su corazón estaba aquí!

Pach. ¡Eso será cuando ha vuelto! (Pausa.)

Carm. (A Pachín.) Bueno, ¿vístome ó no?

Pach. Haz lo que quieras.

Carm. ¿Iremos á la romería?

Pach. Non tengo maldito el interés.

Carm. Entós...

Pach. Mira, voy á llegarme hasta la fuente del campanín. Manolo díjome que allí me esperaba. Tal vez por el camino me entren ganas de ir á la romería. De toes maneras quedará tiempo y aunque yo non vaya...

Carm. Ya te dije que sin ti non voy.

Pach. ¡Qué boba estás, muyer! Hasta luego.
Carm. Vuelve pronto.
Pach. Sí. ¡Adiós, Maruxona!
Marux. Anda con Dios. (Vase Pachín por la segunda derecha.)

ESCENA VI

CARMINA y MARUXONA. Al final TELVA por la primera derecha.

Carm. (Mirando al sitio por donde hizo mutis Pachín.) ¡Ya non vuelve la cara para mirarme como antes! (Con tristeza.) ¡Qué fícele yo!...
Marux. (Alegremente.) ¿En qué piensas, Carmina?
Carm. (Avanzando hacia ella y mostrándola la mano derecha.) Oye, ¿en qué raya viste lo de las traiciones?...
Marux. En ninguna, neña. Ya te dije que me equivoqué, me equivoqué. (Se levanta.)
Carm. Me voy adentro; cuando venga Pachín avísame.
Marux. Vete descuidada. (Cuando se dirige Carmina hacia su casa, sale de ella Telva.)
Carm. (A Telva.) ¿Dónde vas?
Tel. Aquí fuera un rato. La niña está durmiendo; no la despiertes.
Carm. No. (Entra en su casa mirándose la palma de la mano derecha.)

ESCENA VII

TELVA y MARUXONA.

Marux. Dios te guarde, Telva.
Tel. (Avanzando hacia ella.) Y á ti, Maruxona.
Marux. ¿Non quiés darme un abrazo?
Tel. ¡Con el alma y la vida! (Se abrazan. Al separarse, Telva mira á Maruxona y se echa á llorar.)

Marux. Llora, rapaza, llora. Las lágrimas consuelan.

Tel. ¡Cuánto he sufrido, Maruxona!...

Marux. Non tiés que decírmelo, neña.

Tel. ¿He sido muy mala, verdá? Abandoné á mi hija, maté á Vicentín. Dios tiene que castigarme mucho.

Marux. No, neña; Dios no castiga á los que se arrepienten y á ti duélete lo que ficiste, ¿non es así? (Se sientan en el banco de piedra.)

Tel. ¡Ya lo creo! Desde que marché de aquí sólo tenía un pensamiento fijo: volver. ¡Qué fácil era desearlo! ¡Ya empiezo á sufrir los castigos! Yo, que no vacilé en correr al lado de mi hija cuando supe que el único que podia pedirme cuentas de lo que hice había muerto, veo con la mayor tristeza que Rosina no me quiere (Maruxona va á hablar.) ¡No; si ya sé lo que vas á decirme! Que me separé de ella cuando la pobre era muy pequeña y que ya no me conoce. Tienes razon; pero ayer cuando la dije que me llamase mamá, se negó á repetir ese dulce nombre, diciéndome: No, tú no eres mi mamá; la mía está allí. Y con sus manitas señalaba al cielo. ¿Quieres mayor pena para una madre?...

Marux. Non debes extrañarlo; pa que la tu neña non preguntase dónde estaba su madre, dijéronla desde un principio que habías muerto.

Tel. Y no la engañaron. La Telva que vivió en esa casa, murió el dia que se fué de la aldea.

Marux. ¡Telvina!

Tel. Mi vuelta aquí sólo ha servido para convencerme de lo mala que soy... Yo quería ver á mi hija, darla los besos de que la privé huyendo de su lado, vivir siempre con ella, y traía el pensamiento de robarla. (Con exaltación.) De robarla, sí, porque me creí que José no me consentiría ver á Rosina, que me declararía la guerra, que me escupiría á la cara.

Marux. (Reconviniéndola dulcemente.) ¡Muyer!...

Tel. ¡Ya has visto! (Con dulzura.) En esa casona todo respira paz; los brazos que, según yo pensaba, se alzarían para pegarme, me han abrazado, y las bocas que me debían insultar, me han dicho palabras de perdón. (Sale Carmina por la primera derecha y se detiene escuchando las palabras de Telva.) Todos son muy buenos, Maruxona; la única mala soy yo.

ESCENA VIII

DICHAS y CARMINA.

Carm. Pero, Telva, ¿ya vuelves con las mismas? ¿Non sabes que moléstame que lo digas? ¿Quién piensa en eso?

Tel. Yo pensé...

Carm. ¡Bah! No digas tonterías. Aquí te queremos todos mucho y nadie te recordará lo que ya pasó

Tel ¿Y qué importa que nadie me lo recuerde, si lo tengo siempre en la memoria?

Carm. ¿Otra vez? ¿Quiés non repetirlo?

Tel. ¡Qué buena eres, Carmina!

Carm. Vaya, vaya, hablemos de otra cosa. (A Maruxona.) ¿Non volvió Pachín?

Marux. No.

Carm. (A Telva.) ¿Encontrástele anoche, verdad?

Tel Sí; ¿te lo ha dicho?

Carm. Maruxona os vió. Y, á propósito: ¿por qué fuiste tan tarde á la ermita? ¡Ya estaba anocheciendo cuando saliste de aquí; si sé que ibas á ir tan lejos non te dejo marchar!

Tel. Tendrás que dejarme todos los días. Hice promesa de subir á rezar una salve á la Virgen cuando se pone el sol

Carm. Siendo así non te digo nada.

Tel. Y tengo que ir descalza el día de San Juan.

Carm. ¿A cambio de qué lo ofreciste?

Tel. A cambio de ver otra vez á mi hija; ¿no lo vale?...

Carm. Desde luego.

Tel. Esa y muchas más cosas he de cumplir... hasta que me vaya para no volver más. (Se levanta.)

Marux. ¡Pero rapaza!

Carm. ¿Qué dices, Telvina?

Tel. No os apuréis, que no me llevaré á mi hija conmigo.

Carm. Tú estás lloca; ¿dónde vas á ir?

Tel. ¡Qué sé yo; lejos de aquí, donde nadie sepa quién soy, donde nadie conozca mi vida pasada!

Carm. Non puede ser; non te dejaremos marchar, ¿verdá, Maruxona?

Marux. Claro que non.

Carm. ¿Dijísmoste el mi pá ó yo algo que te ofendiera?

Tel. No; al contrario.

Carm. ¿Pues entós...?

Tel. ¡Ay, Carmina, para que no te veas un día como yo me veo, no te cases con Pachín (Movimiento de extrañeza en Carmina), si no le quieres con toda tu alma!

Carm. ¿No querías tú á Vicente?

Tel. Sí; pero no como se debe querer á un hombre para ser su mujer.

Marux. Entós, ¿por qué te casaste?

Tel. ¡Qué sé yo; porque me dió lástima de él! Le veía tan débil y tan entermizo. . (Vuelve á sentarse.)

Carm. ¡Probín!

Tel. Adórote, neña, adórote, me decía muchas veces, y quise desengañarle muchas veces; pero fué inutil. Con lágrimas en los ojos me pedía que no le abandonase. ¡Y nos casamos! Me sacó de allá arriba, de lo alto de la montaña, y me trajo para su casona. Yo aquí, entre vosotros, estaba como sin sombra, me faltaban mis gentes: las mozas y los mozos con quienes siempre viví. Un día vi á Gabriel; era de los míos; había venido sólo por verme. Bajó luego muchas tardes y acabó por decirme cosas que yo no debí escuchar. No pude resistirme á hacer lo que me man-

daba y huí con él. Cruzamos los mares, recorrimos tierras, vivimos entre otras gentes y bajo otros cielos, y trabajó Gabriel y procuró que yo viviera feliz á su lado sin negarme nada de lo que le pedía. ¡Y sin embargo, yo no era dichosa! Siempre que veía una niña de la edad de la mía, pensaba: Así será mi Rosina, así estará ya, y todo mi deseo, todo mi afán, era volver á verla, estrecharla entre mis brazos, llamarla hija mía.

Carm. ¡Probe Telva! ..

Marux ¡Buen castigo tuviste, rapaza!

Tel. Al fin un día se lo dije á Gabriel, y de tal manera le indignaron mis palabras que me maltrató mucho, repitiendo: No has de querer á nadie más que á mí, á mí solo. Figuraos vosotras lo que me mandaba. ¡No acordarme de mi hija, no quererla con todo mi corazón!

Carm. ¿Y por eso has venido?

Tel. Por eso; una noche, sin llevarme nada, despreciando todo lo de aquel hombre, me escapé de su lado, llegué al puerto, iba á salir un barco y, arrojándome á los pies del capitán, le conté lo que me pasaba y le pedí que por caridad me trajera. ¡Gracias á él pude volver! Cerca ya de aquí, un dia que había andado muchas leguas y descansaba sentada en un ribazo de la carretera, oí la voz de un mozo que cantaba:

«Paloma, palomita,
¿de dónde vienes?...
El tu nido, paloma,
ya no le tienes».

Y mira, entonces caí de bruces en el suelo, llorando á lágrima viva. (Llora con fuerza.)

Marux. ¡Telva!

Carm. ¡Telvina!

Tel. (Serenándose un poco.) La canción del mozo decía verdad; ya no tengo el nido que había soñado; por eso debo marcharme... y me marcharé. (Se levanta.)

Carm. No. (Deteniéndola.)
Tel. Sí; déjame que arrastre mi vida por esos caminos; es mi penitencia.
Carm. Non te irás.
Tel. Sí, sí.

ESCENA IX

DICHAS y JOSÉ, por la segunda derecha.

José. ¿Qué pasa?...
Tel. ¡José!
Carm. Mire, pá, Telva diz que quiere marchar; que non se encuentra á gusto con nosotros.
José. ¿Eso dices, Telva?
Tel. Yo... José.
José. Ahora hablaremos, Telvina. (A Maruxona y á Carmina.) ¡Dejáinos!
Carm. ¡Padre!
José. Entra en la casona. (Carmina hace mutis por la primera derecha.)
Marux. (Bajo á Telva.) ¡Non marches, rapaza, non marches! (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA X

TELVA y JOSÉ.

José. ¡Telva!...
Tel. ¡José!...
José. ¿Ya non quieres llamarme padre? (Telva llora en silencio.) ¡Vamos, non llores, muyer, que arregláráse todo!
Tel. ¡Mi hija no me quiere, José!
José. Ya te querrá.
Tel. (Con amargura.) No; parece que tiene miedo de mi.
José. Extraña tu cariño y tus besos... ¡Como non los recibió hasta hoy!... Pero, ten pacencia, Telva; deja que el tiempo corra, que cuando

la tu fía acostúmbrese á la idea de que eres su madre, te hará en su corazón un sitio.

Tel. ¿Lo cree usted así?

José. Non tengas dudas, ni te preocupe que hoy llore tu neña cuando te acerques á ella; ¡ye cosa natural! Lo que más queremos todos es la vida, y, sin embargo, al empezar á vivir todos lloramos.

Tel. ¡Ay, José, qué bien me hacen sus palabras!

José. Por mi boca te habla Vicentín. Telva; él es quien te pide que non dejes abandonada á vuestra fía. ¿Complacerásle?

Tel. (Llorando.) ¡Perdón, José!

José. ¡Levanta del suelo! (La ayuda á ponerse en pie.) Non es á mí á quien tiés que pedir que te perdone

Tel. ¿Pues á quién entonces?

José. ¡A la Virgen! Ante su imagen, y arrodillada delante del altar en que te casaste, pídela su bendición rezando por Vicentín.

Tel. Sí; vamos, vamos.

José. Ven. (Cogiéndola de la mano.) Cogida de la mano te llevé á unirte con el mi fiu; cogida de la mano te llevaré á que jures non marchar de la aldea. (Se encaminan hacia la segunda izquierda.)

Tel. ¡Se lo juro, José, se lo juro!

José. ¡Andando, rapaza, andando! (Vanse.)

ESCENA XI

MARGARITA, vestida con el traje de los días de fiesta, sale por la segunda derecha y se dirige hacia la primera derecha. En seguida sale CARMINA.

Marg ¡Carmina! ¡Carmina! (Gritando.)

Carm. ¡Ay! ¿Qué pasa, muyer? ¿Por qué das esas voces?

Marg. ¿Hay alguien malo?

Carm. No, pero la neña está durmiendo.

Marg. Vengo á preguntarte si vas á la romería.

Carm. Non lo sé si quier Pachín.

Marg. ¿Cómo si quier Pachín? ¡Pues estaría bonito que non fuéseis en un día como el de hoy!

Carm. Tú non faltarás, ¿verdá? (Con envidia.)

Marg. ¡Antes faltaría el sol! ¡Poquitos recuerdos que tiene pa mí la romería de la Virgen del Castaño! ¡Diviértome más!... ¡Huy cuánto me divierto! ¡Ya verás lo contenta que estaré mañana acordándome de las cosas que fice hoy!

Carm. ¿Bailarás?

Marg. ¡Ya lo creo! De la mano del mi mozo pienso dar cien vueltas á la foguera, y al final diré un *ixuxu* que resonará en toda la aldea.

Carm. ¡Qué barbaridá!...

Marg. Ensayándole el otro día quedéme ronca, con que ya ves... Yo, si non es así, non gozo. Voy al monte á pasar una buena tarde haciendo llocuras, aunque luego me toque estar en la cama tres días, como el año pasao, que tuve un cólico atroz de un atracón de *ñisos*. ¡El caso es divertirse!

Carm. ¿Diviértente los cólicos?

Marg. ¡Cuando se me han pasao, sí, porque pienso que pude morirme, y al verme viva dame una alegría muy grande! (Mirando hacia la segunda derecha.) ¡Ay!...

Carm. ¿Qué te pasa, muyer?

Marg. ¡Mira por dónde viene Monteruco!

ESCENA XII

DICHAS y MONTERUCO por la segunda derecha. MONTERUCO trae en la mano un ramo de flores que ocultará para que no lo vean las mozas hasta que se indica.

Mont. ¿Qué hay con Monteruco? ¿Ya empiezas á enrabiarme?

Carm. Non; ¡si ya sabe usté que yo quiérole mucho!

Mont (Sentándose en el banco de piedra.) Non me fío de tu cariño ni del de naide. Lo que todos estáis deseando es que me muera...

Marg. ¿Quién díjole tal embuste?
Mont. Yo que lo sé.
Marg. Se engaña, ¿non es verdá, Carmina?
Carm. ¡Claro que sí!
Mont. Bueno; vosotras tal vez me queráis.
Marg. Téngalo por seguro, hom...
Mont. ¡Pero la que non puede ni verme es la bruxa!
Carm. ¡Tampoco ye cierto!
Mont. ¿Cómo que no? ¿Negarásme que dijo el otro día que yo non me podía tener de vieyo?
Carm. (Remedándole.) ¿Y non es usté vieyo?
Mont. Sí... pero puedo tenerme.
Marg. ¡Bah, non le haga caso!
Mont. ¿Non sabéis por qué me tien esa manía?
Marg. ¡Qué sé yo!
Mont. (Confidencialmente.) Pues porque en mis buenos tiempos ficela el *viso* cuando ella era una rapaza... y luego non me casé con ella.
Marg. ¡Entós tien motivos pa no quererle bien!
Carm. ¿Y por qué la dejó usté plantada?
Mont. Porque me enteré de que había nacido en la Pola... y non me caso yo con muyer de la Pola aunque me maten.
Carm. ¡Vaya una bobada!
Mont. ¡Ah! ¿Tú non sabes lo que diz la canción?
Carm. ¿Qué diz?
Mont.

Aunque non me lo digas
yes de la Pola,
ya te lo da la cara
de ser porcona.

Carm. ¡Pues la última muyer que usté tuvo, si non era de la Pola era del pueblo de al lao!
Mont. (Entusiasmado con el recuerdo.) ¿Quién, la Marcelina?
Carm. Sí.
Mont. A esa tenías que haberla conocido cuando se casó conmigo. El día de la boda se lavó con estropajo.
Marg. Maruxona non debió ser fea.
Mont. Regular.
Marg. ¡Mas le hubiera á usté valido casarse con ella!

Mont. Non sé por qué...

Marg. Porque así á estas horas non tendría el probe Monteruco que ir de puerta en puerta pidiendo un cacho de boroña.

Mont. (Irónico.) Dariámelo mi muyer, ¿verdá?

Marg. ¡Qué duda tien! Y non sólo boroña, sino buenas botellinas de sidra pa remojar el tragadero.

Mont. ¿Pero la bruxa tiene...? (Indicando la acción de tener dinero.)

Marg ¿Ahora se entera, cristiano?

Mont. ¡Yo non sabía!

Marg. Pues sí; Maruxona tien dinero, mucho dinero. En una de las paredes de su cuarto guarda lo menos doscientas onzas de oro.

Mont. (Con mucho interés.) ¿Doscientas onzas?

Marg. ¡Lo menos!

Mont. (Bajando la voz.) Y si yo fuese el marido de Maruxona, el día que ella estirase la pata todo ese dinero sería mío.

Marg. (Riéndose.) ¡Si non se moría usté antes!

Mont. (Levantándose indignado.) No, yo aún puedo vivir otros setenta años.

Marg. ¡Que Dios se los conceda, Monteruco!

Mont. ¡Y á ti, rapaza!

Marg. ¿Para qué quiero yo llegar á tan vieya?

Marux. (Fijándose en las flores que lleva Monteruco.) ¡Ay!, pero no había reparao. ¡Qué florido va usté, Monteruco! ¿Pá quien es ese ramo tan guapo?

Mont. Llévolo á la romería pá dar flores á las mozas y ellas en cambio me dan avellanas y *amarguillos*. (Da una flor á Carmina y otra á Margarita.) Tomad una cada una y... ya sabeis. (A Carmina.) Tú me debes una medida de avellanas, y tú (A Margarita) un papel de *amarguillos*.

Marux. Le pagaré la flor, Monteruco.

Marg. Y yo.

ESCENA XIII

DICHOS y MARUXONA, por la primera izquierda.

Marux. ¿Y Telva, dónde fué Telva?
Carm. Con mi padre debió marchar.
Marg. Dios le guarde, Maruxona.
Marux. Y á ti, Margarita.
Mont. ¡Y á mí, que me parta un rayo!
Marux. Con usté no habla naide.
Mont. Bueno, muyer, bueno. (Aparte á Carmina.) ¿Ves cómo me tiene manía?
Marux. (A Margarita.) ¿Qué tal van tus amores, muyer? Non volviste por acá á decirme como sentóle la cataplasma á la tu má. ¿Non se la pusiste?
Marg. Sí.
Marux. ¿Y qué tal?
Marg. Muy bien.
Marux. ¿Y la gallina?
Marg. ¡Echela al puchero!
Marux. ¡Muy bonito! (Monteruco se asoma á la puerta de la casa de Maruxona y mira con curlosidad para el interior.) ¿Vas de romería?
Marg. Sí; con la mi madre y el mi mozo.
Marux. ¿Pero la tu madre consiente?
Marg. ¡Ya lo creo!
Marux. ¿Estará muy contento Manolín, verdad?
Marg. ¿Por qué?
Marux. ¡Muyer, como arreglóse todo con el unto!
Marg. ¡Si ya no tengo amores con Manolín! Reñí con él antes de ayer. ¡Ahora hablo con el mi primo!
Marux. ¡Pronto te consolaste!
Marg. ¡Ay, no lo creas, que la otra noche quitóme el sueño la pena que tenía!
Marux. ¡Bien se conoz!
Mont. (Muy cariñoso y al oído de Maruxona.) ¡Bruxa!

Marux. (Con malos modos.) ¿Qué hay?
Mont. (Rectificando en seguida.) ¡Digo, Maruxona!
Marux Lo mismo da; usté non sabe lo que se diz.
Mont. Tié usté razón (Carmina y Margarita se sientan en el banco de piedra.)
Marux. ¿Qué le ocurre?
Mont. Pues... quisiera consultar con usté un sueño que tuve anoche.
Marux. ¿Qué soñó?
Mont. ¿Dariala á usté igual que pasásemos á su casona? Dame vergüenza decirlo delante de las rapazas.
Marux. ¡Mire antes non vaya á ser que el sueño non necesite explicación!
Mont ¿Entramos?
Marux. Bueno. (Monteruco la empuja suavemente.) ¡Non me toque, vieyo!
Mont. (A las mozas.) ¡Diz que non la toque! (A Maruxona.) Aguarde un momentín. (A Margarita con voz muy baja.) Margarita, ¿non sabes en qué pared tiene guardaes las onzas de oro?
Marg. ¡Olvidélo ya, Monteruco!
Marux. ¿Vamos, vieyo?
Mont. Sí, vamos. bruxa... es decir, Maruxona. (Vanse Maruxona y Monteruco por la primera izquierda.)

ESCENA XIV

CARMINA y MARGARITA. A poco PACHIN, por la segunda derecha.

Marg. ¿Fijástete cómo se le encendieron los ojos á Monteruco cuando le hablé de las onzas?
Carm. ¿Pero ye verdá que las tiene?
Marg. ¡Qué va á tener!
Carm. Pues Monteruco entró con la ilusión de saber dónde están.
Marg. ¡Apuesto algo á que salen pegándose!
Carm. ¡Qué mala idea tienes, muyer!
Marg. ¡Tan seguro tuviera yo el cielo! (Sale Pachín.)

Pach. ¡Ya estoy de vuelta!

Marg. (Levantándose.) Alégrome verte, hom.

Pach. ¿Qué quieres?

Marg. Que animes á ésta á ir á la romería.

Pach. ¡Ya se lo dije antes!

Marg. Entós non puedes defenderte, Carmina; si non vas ye porque non te dé la gana.

Pach. ¡Claro!

Carm. (Se levanta.) ¿Decidístete ya á subir conmigo?

Pach. Yo no.

Carm. Pues entós yo quedo en casa. (Vuelve á sentarse.)

Pach. (Muy serio.) ¡Carmina!

Carm. ¿Qué?

Pach. Mándote yo que vayas.

Carm. Sin ti non.

Marg. ¡Pero non seáis rancios! ¡Paez mentira que seais jóvenes! Uno por otro la casa sin barrer. ¿Non vos da vergüenza?

Pach. ¡Bien contenta estás, Margaritina!

Marg. ¡La alegría ye barata!

Pach. Y la tristeza.

Marg. Non, que esa cuesta lágrimas. ¡Vamos, ya estáis echando fuera la pereza! Tú, Carmina, á ponerte la saya nueva y el dengue de los días de fiesta. Yo te ayudaré pa que non tardes. (Obligándola á levantarse.) Anda, muyer.

Carm. (A Pachín.) ¿Qué hago?

Pach. Da gusto á Margarita, muyer. Entra, que aquí te espero.

Marg. Anda, verás qué maja voy ponerte.

Carm. Gracias, muyer, muchas gracias. (Vanse Carmina y Margarita por la primera derecha.)

ESCENA XV

PACHÍN y TELVA, que sale por la segunda izquierda.

Tel. ¡Buenas tardes, Pachín!

Pach. Hola, Telva.

Tel. ¿Qué haces aquí tan solo?

Pach. Entró Carmina á vestirse y la estoy esperando.

Tel ¿Vais de romería?

Pach. Sí; empeñóse en que yo había de ir con ella y non tuve más remedio que darle gusto.

Tel. Entonces voy á ayudarla para que no tarde.

Pach. Ayudándola está Margarita; non marches; estate aquí un ratín conmigo.

Tel. ¿Quieres que te haga compañía hasta que salga Carmina?

Pach. Quiero que hablemos.

Tel. Pues empieza, que ya te escucho. (Se sientan los dos en el banco de piedra.)

Pach. Antes te vi entrar con José en la ermita; ¿á qué fuiste?

Tel. A pedir á la Virgen que me perdone todo el mal que he hecho y á jurar que no me iré nunca del lado de mi hija.

Pach. ¡Ah, vamos; hablaste con José y te convenció!

Tel. Sí; hablé con él y sus palabras me llegaron al alma; ¿pero quieres que te diga una cosa? No ha sido eso sólo lo que me ha decidido á no marchar de la aldea.

Pach. Pues entós, ¿qué?....

Tel. Verás: Bajaba yo ahora por el sendero del monte, y al llegar cerca de la casona se me ocurrió entrar á ver la vaquina de José. Como lo pensé lo hice. Abrí la puerta, y un olor muy suave de heno acarició mi cara y me hizo respirar más despacio. La *xata*, al ver que tenía libre la salida, se separó del pesebre y corriendo se fué al campo. La vaca quiso hacer lo mismo; pero como la pobre está ciega, salió tropezando con las paredes. Cuando estuvo fuera del establo levantó la cabeza hacia el cielo y comenzó á mugir. No se atrevía á seguir su camino, temiendo tal vez meterse en los zarzales, y parada siguió, qué se yo cuánto tiempo, hasta que la *xatina*, en una de las carreras que daba, se acercó á su madre. Entonces la vaca apoyó la cabeza en el lomo de su hija y mar-

chó detrás de ella. ¡Y si vieras de qué distinta manera mugía entonces!... Ya no tenía miedo á tropezar en ninguna parte; la *xata* le serviría de lazarillo, y unas veces de prisa y otras despacio, se alejaron de donde yo estaba. (Transición.) Tú dirás que lo que te he contado no tiene nada que ver conmigo, ¿verdad? Pues te equivocas. En la *xatina* y en la vaca he comprendido lo que debe ser mi vida de ahora en adelante. Como me ha vuelto ciega mi vida pasada, para no tropezar ya no debo ir á ninguna parte sino guiada por mi hija. (Pausa. Pachín, que ha escuchado en silencio el relato de Telva, habla al fin y dice con amargura:)

Pach. ¡Ay, Telvina! ¿pa qué has vuelto á la aldea?

Tel. ¡Pachín!

Pach. Sí, ¿pa qué has vuelto? (Con pasión.) Lejos de ti non te recordaba apenas; cerca non puedo vivir sin verte.

Tel. (Levantándose.) ¿Estás loco, hombre?

Pach. ¡Ojalá lo estuviera! (Se levanta.) Escucha.

Tel. No; sé lo que vas á decirme. ¡Calla, por Dios!

Pach. Te he querido siempre, desde que los dos éramos rapazos.

Tel. No sigas.

Pach. Yo non me atrevía á confesarte mi cariño. Era el más amigo de Vicentín ¡y Vicentín te quería tanto!...

Tel. Te he dicho que calles. ¡Basta ya; dejáme, Pachín! (Hace ademán de irse y Pachín la detiene.)

Pach. (Con firmeza.) Non marches (Suplicante), non marches... Cuando te casaste estuve á la muerte, ¿non te acuerdas? Luego, no bien sané, pensé que te debía olvidar y marché de la aldea. Non volví hasta que supe que ya non estabas... Mientras non te he visto pude querer á otra: ahora has vuelto y mis ojos niéganse á mirarse en otros ojos que los tuyos.

Tel. No quiero oirte; no puedo oirte.

Pach. Bien sabía yo lo que había de pasar, Telva; que tornarías y yo volvería á adorarte; por eso quería marchar con Carmina á las Américas. ¡Yo non quería verte más! ¿Pa qué has vuelto, Telva, pa qué has vuelto?

Tel. (Con amargura.) Tienes razón, Pachín; ¿para qué he vuelto?

Pach. Quiéreme, Telva; marcharemos de aquí, pondremos el mar de por medio pa que no nos encuentren ni sepan dónde estamos.

Tel. (Con horror.) ¡Calla, Pachín! ¡Maté yo á Vicente y tú quieres matar á Carmina!

Pach. Es que non puedo vivir sin ti.

Tel. Tu cariño no es bueno, y si me quieres como dices, no vuelvas á nombrármelo.

Pach. ¡Matásme, Telva!

Tel. ¿Juraste amor á Carmina?... Cásate con ella.

Pach. ¿Eso me dices?

Tel. (Con decisión.) Eso te mando... Carmina es muy buena y te haré feliz.

Pach. No; yo no puedo ser feliz más que contigo. (Se sienta muy abatido.)

Tel. ¡Triste suerte la mía; cuando entro en esa casa es para sembrar el dolor!

Pach. Tú non tiés la culpa.

Tel. (Acercándore á Pachín.) Oye, Pachín: por la memoria de Vicente, por la vida de mi hija, te juro que si sigues hablándome como ahora, que si no desistes de esa locura, marcharé sola y para no volver más.

Pach. ¡Eso no!

Tel. ¿Pero no comprendes que siguiendo yo aquí, viéndome á todas horas, va á ser para ti el mayor tormento? (Con resolución.) Es necesario que vivamos lejos el uno del otro. Si yo he de seguir al lado de mi hija, si no he de deshacer otra vez ese hogar, es preciso que marches tú... Yo convenceré á Carmina, la diré que vuestra suerte está en otras tierras... ¡Y es cierto, Pachín, vuestra suerte está, seguramente, donde no esté yo!

Pach. ¡Calla, Telva!

Tel. No, no callo. Yéndome contigo, delante de

nosotros estaría siempre la sombra de tu buen amigo, del pobre Vicente, que parecería decirnos: «Pachín, tú con mi hermana; Telva, tú con nuestra hija.» (Pausa larga.)

Pach. (Levantándose.) Sí, sí; puede que tengas razón.

Tel. No lo dudes, Pachín.

Pach. Convence á Carmina, y yo te juro que non volveremos nunca á la aldea.

Tel. Sí, Pachín; volveréis cuando ya seáis viejos; cuando puedas hablarme de tu cariño como de un recuerdo, no como de una ilusión; cuando puedas decirme cuánto te quise y no cuánto te quiero...

Pach. ¡Yo siempre te diré cuánto te quiero!

Tel. (Mirando hacia la primera derecha.) ¡Calla, que sale Carmina!

ESCENA XVI

DICHOS, CARMINA y MARGARITA por la primera derecha. CARMINA ha cambiado de traje por otro más lujoso.—Luego MARUXONA y MONTERUCO por la primera izquierda.—Al final JOSÉ por la segunda izquierda.

Marg. (A Pachín) Aquí tiés ya á la tu moza vestida.

Tel. ¡Y bien guapa que está! ¡Mírala, Pachín, no puedes quejarte de tu suerte!

Carm. (A Telva.) ¿Hablaste ya con el mi pá?

Tel. Sí.

Carm. ¿Y qué?

Tel. Me convéncio; ya no me iré nunca de la casona.

Carm. ¡Qué alegría me das! (Margarita se separa de ellos y mira hacia la segunda derecha.) ¿Oiste lo que diz Telva; Pachín?

Pach. Sí.

Carm. (Acercándose á Pachín.) ¿Pero qué te pasa; has llorao?

Pach. (Con cariño.) No, muyer; ¿por qué he de llorar?

Tel. ¿Qué motivos tiene para entristecerse? Tú le quieres á él y él á ti; ¿verdad, Pachín?

Pach. ¿Qué?...

Tel. Que la quieres con toda tu alma.

Pach. (Mirando fijamente á Telva.) Sí, con toda mi alma. (Oyése el sonido de una gaita que toca una praviana.)

Marg. ¡Miray, ahí va Xuanón, el gaitero, con el mi mozo! ¿Vamos á ajuntarnos con ellos?

Marux. Sí, vamos. Hasta luego, Telva.

Tel. Pachín, da la mano á Carmina. (Pachín coge á Carmina de la mano.)

Marg. ¡Adiós! (Muy rápido hasta el final.)

Tel. ¡Que os divirtáis!

Marg. ¡Anday corriendo! (Vanse Carmina, Margarita y Pachín, por la segunda derecha. No bien han desaparecido, salen de la casa de la izquierda Maruxona y Monteruco, muy sonrientes y cogidos de la mano. Maruxona ha cambiado su dengue y su pañuelo por otros encarnados. En el pecho lleva el manojo de flores que antes sacó Monteruco, y en la mano izquierda un quitasol rojo.)

Mont. ¿Vamos de prisa, Maruxona?

Tel (Riéndose.) ¿Dónde van ustedes?

Mont. ¡A la romería!

Marux. ¡Sí; empéñase Monteruco en que he de ir con él!...

Mont. ¡Es claro; y al llegar al monte, direla una cosina que tengo pensada desde haz cuarenta años!

Marux. ¡Qué Monteruco!...

Mont. (Con cómica pasión.) ¡Ay qué Maruxona!...

Marux. Adiós, neña. (Se encaminan hacia la segunda derecha.)

Tel. ¡Vayan con Dios! (Sale José por la segunda izquierda.)

José. ¿Dónde van los vieyos?...

Mont. (Volviéndose.) ¡A la romería! (Vanse Maruxona y Monteruco.)

ESCENA ULTIMA

TELVA y JOSÉ. Continúa oyéndose el sonido de la gaita hasta que baja el telón.

José. ¿Tú ves, Telva?
Tel. ¡Ya veo, José!
José. ¡Vieyos y todo, les gusta divertirse!
Tel. ¡Y bajarán cantando como los mozos!
José. ¡Qué duda tiene! Maruxona cantará aquella giraldilla que le hacía asegurar que tú volverías al nido:

«Si se va la paloma,
ella volverá;
que dejó los pichones
á medio criar.»

Tel. ¡Tenía razón!
José. (Abrazándola.) Pues yo, abrazándote, acabaré la copla:

No se va la paloma, no;
no se va, que la tengo yo.

(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Giraldilla

Voz interna

All.tto

Si se và la pa- lo-ma e- lla vol-ve-

rà. Que de-jò los pi- cho-nes à me-dio cri-

ar. No se và la pa- lo- ma no

No se và que la ten-go yò.

Graviana

Gaita ii Oboe dentro

Ande.te

p

p

f

f

D.C y repite hasta que termine la obra.

Notas importantes.

El Sr. Arcos interpretó con sólo dos ensayos el papel de José, mereciendo unánimes elogios del público y de la Prensa.

El autor le queda muy reconocido.

La *x* en el dialecto asturiano *(bable)* se pronuncia con sonido muy semejante al de la *j* en el idioma francés.

La praviana para gaita ú óboe es composición del inspirado maestro Moreno-Ballesteros.

Por derecha é izquierda entiéndanse las del actor.

En esta obra se estrenó una decoración de los reputados escenógrafos Sres. Amorós y Blancas.

PRECIO: **1,50** PESETAS